

Manu chau (LGBT)

Ana Claudia Martínez

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1 – Lolo y Manu

¿A quién le pregunto sin que sospeche? ¿Por qué me hace esto a mí, justo a mí? Podría haberme enviado un whatsapp antes de tomar cualquier medida. Egoísta, eso es lo que sos, una egoísta. Nadie te comprendió como yo. Con todo lo que tuve que pasar para que estemos juntas. No piensas en nadie, solo en vos.

Tiró el iphone con toda la rabia de no poder escupirle las palabras en la cara. Atragantadas en su garganta le impedían llorar. Empezó a tirarse de los pelos y morderlos como hacía cada vez que algo se escapaba de su control.

Te di todas las pruebas a mi alcance para que confiaras en mí y me defraudás de esta manera. ¡Qué le respondo a mi madre cuando me pregunte si venís a la celebración de esta noche! Nenu me va a interrogar cómo es que estoy sola si esta noche es tan especial para nosotras. El primer evento juntas sin que nadie se oponga. Aunque suene vintage es así, esta iba a ser nuestra presentación en sociedad. Todo el mundo se hace el open mind pero lo cierto es que son una manga de obtusos, dinosaurios que aún viven en la época de las cavernas, pensando que las mujeres nos quedamos esperando al lado del fuego a que venga un cavernícola, bruto y grandote, a darnos un garrotazo y llevarnos para convertirnos en su presa. ¿Nunca entendió mi madre cuando le pregunté: qué pasaría si me gusta una chica? ¿Hay otra forma más evidente de comunicar que me gustan las chicas?

Revisó, en insensata compulsión, otra vez todas las redes. No, no estaba. Perfiles cerrados, videos borrados, no disponible en ningún punto de contacto. Al desinstalarse el whatsapp tampoco permitía que nadie supiera si estaba en línea. Se cansó de mandarle mensajes de texto aunque sabía que es una vía obsoleta. Era de esos últimos recursos que se usan solo por desesperación. Quedó rendida de tanto llamarla y, a riesgo de quedar como una loca obsesiva, por completo desequilibrada, que no respondiera.

No quiero ni pensar cuando veas las treinta llamadas perdidas. Vas a pensar que estoy re de la cabeza. ¿Pero qué quieres, nena? Desaparecés y no dejás ni un aviso. Llamo a tu casa y no me da el rostro para preguntar por vos. No sé si tu vieja sabe de tu mambo. Me vas a volver loca. ¿Es que dije algo que te cayó mal? ¿En qué me equivoqué?

Rebobinaba en su cabeza cada silencio, cada palabra dicha la noche anterior, los besos que le había dejado extasiada, las caricias robadas en las esquinas y el recuerdo de las risas al saberse observadas por aquellos

viejos retrógrados. Seguro que las criticaban y se persignaban como si estuvieran en la época medieval. Brujas, sí, brujas, eso es lo que eran. Brujas y locas pero felices. ¡A ver si estos viejos y estas viejas podían decir lo mismo, llenos de arrugas y caras de amargados!

Notificación de facebook. Se tiró hasta quedar despatarrada en el suelo y encontrar el iphone. Por suerte no se había roto. Son a prueba de arrebatos de adolescentes. Puff. No era Manu. Se le hizo un vacío en la panza. Ya era de tardecita y no había comido en todo el día. ¿Cómo probar siquiera bocado si dos nudos la tenían atada? El de la garganta y el del estómago.

Ya bajo mami. Dejalo en la cocina que ahora lo pruebo (emotición de manitos juntas, agradeciendo la preocupación materna, y uno de pulgar para arriba, siempre adecuado para tapar la mala onda real).

Pobre vieja. Se resiste a que le diga así. La reconforta que le diga "mami", como si de esta manera tuviera entre sus brazos a la bebita de rizos colorados. Pero ahora mi pelo es arcoíris y el arito en la nariz le debe recordar que aquella nena inocente murió para siempre. La que ella soñaba iba a casarse con su mejor amigo. Sueños típicos de los heteros. No hay que ir al psicólogo para darse cuenta que, quizás... tal vez... sin un padre presente, juntando rabia y frustración por esta ausencia, es obvio una va a querer unirse a una chica para sentirse completa. Mi vieja es lo más gorda, lo más grande que hay. Los tipos son unos brutos, unas bestias, que solo piensan en ellos y te abandonan en la primera oportunidad. El innombrable no hizo mucho por cambiar para estar junto a ella. No lo dudó. Agarró sus cosas y se fue por ahí. Tan inestable el pobre que mantuvo un tiempito las visitas para luego irse a España y ya no volver a tener contacto. Obvio que sabe que existe whatsapp, twitter y cualquier cosa que le sirva para comunicarse, pero claro que no quiere. Capítulo cerrado. Padre muerto.

Esta vez no tiró el iphone sino que lo depositó sin mucha atención sobre la remera que, arrugada, estaba tirada sobre la cama. Apoyó su rostro en ella y olió con ansias cada parte de ella. Se la restregó en toda la cara como queriendo dar vida a aquella tela negra. @manuchau y la bandera de los siete colores.

¿No te das cuenta que el arcoíris sos vos? ¿Por qué me dejaste en medio de esta tormenta? Quiero que pare de llover en mi corazón. Te extraño y tu ausencia me mata. No puedo pensar en nada más. Solo en vos. Lo único que atraviesa mi mente es tu cara, tu sonrisa, tus pavadas de loquita demente, tus besos que me hacen sentir que puedo con todo, que nada importa, que soy la mina más fuerte y que puedo mandar a cagar a todo el mundo.

Se puso la remera queriendo darle vida o materializarla en sus venas. ¿Y si le había pasado algo? Habían mantenido una discusión horrible la noche anterior pero al otro día Manu siempre la llamaba. Agarró el iphone y con el índice buscó las fotos. Las miraba con deseos de incorporarla por la retina y tenerla con ella hecha cuerpo. Le dolía su ausencia como si el aire se hiciera más difícil de absorber en cada minuto. Le desgarraba la panza. Se le hacía vacío y costilla saltona. No podía explicar con palabras exactas aquella sensación ambigua. En parte le gustaba sentirse así... al borde de la locura, como si viviera una historia de novela, como un capítulo trágico de las series con el rating más alto a nivel mundial, entre gozosa por amar con desenfreno y el dolor de sentirse vacía y sola. Si bien su madre se preocupaba porque había épocas en que bajaba de peso con rapidez, Lolo sabía que no había placer más grande que tener control sobre su hambre. Lo manejaba como a un perro difícil de domesticar. Ni Manu había podido comprender ese placer de disfrutar del hambre, sentirse vacía de alma y no cargar con nada, ser la nada misma por algún rato. Luego la agarraban los arrebatos de tragarse todo lo que viera en su camino, pero eso era otra historia.

Bajó las escaleras y vio a su madre en la computadora. Era lindo ver a aquella mujer inquieta cuando lograba sosegar y desdibujarse en el mundo del diseño. Nadie sabía la belleza que ocultaba esa cabeza. Ese universo mágico que solo ella había podido conocer desde pequeña. Le hacía volar entre hadas y buscar tesoros al pie de los árboles sin necesidad de contar con patio, ya que toda su infancia la vivió en solitarios apartamentos. Los monoambientes era todo lo que conocía. Recién ahora es que su madre podía haberse dado el lujo de comenzar a pagar su "techo propio", según sus propias palabras. Nunca había sentido la necesidad de tener un patio pero parecía que para su madre eso era sinónimo de libertad o el nirvana. ¿Le debería contar que Manu no iba a estar esa noche en la fiesta? ¿Qué excusa darle? Mejor dejar que fluya la conversación e ir improvisando en el momento.

Mi amor, ahí están los cupcakes. A ver si te gustan. Los de frutilla y chocolate están deli. Aunque no te guste que te diga esto, te lo voy a decir porque soy tu madre y es mi obligación: estas demasiado flaca, comé un poco más. ¿Hasta cuándo vas a estar con esta onda del veganismo? La señora de la macrobiótica hizo estos postres sin leche y siguiendo tus indicaciones pero son carísimos, además de que me queda la sensación de que no te alimentan del todo...

No te preocupes, mami, yo como de todo. Pasa que vos no te das cuenta porque estas re colgada laburando en la compu. Mi alimentación ahora es diferente pero no seas mente cerrada. Es equilibrada y me hace mejor para la atención, concentración, el estado de ánimo. ¿No ves que he subido las calificaciones?

Sabía que tocando las teclas exactas su madre respondía sin resistencias. Sabía que aquella se debatía con sus propios demonios a la hora de hacerle saber su postura ante la comida. En las fotos viejas había visto cómo su madre no siempre había sido así de flaca. En la adolescencia asomaban algunos rollitos en la cintura y una pequeña papada asomaba de perfil. Se cuidaba en las porciones pero básicamente la energía estaba puesta en la disciplina de una hora de bicicleta fija cada mañana y abdominales con mancuernas por la tarde. Aunque le asustara verle así de delgada también podía percibir cierto destello, quizá inconsciente, de gratificación por ese joven, alineado y bello cuerpo.

¿A qué hora viene? – preguntó mientras con detalle difuminaba, en photoshop, una imagen de perfectas medidas, con un juego de luces y sombras que dejara satisfecho a los dueños de una casa a estrenar.

¿Quién?

Mi amor... ¿cómo, quién? Tu amiga...

¿Otra vez la misma historia? Sabes que no es mi amiga. Tampoco mi compañera. Ni mi socia como alguna vez dejaste traslucir. Bueh... tampoco mi novia pero, ya sabés, no te hagas.

Sí... no me hago, Lolo, entendeme, hace solo tres meses que salís con ella, aún me estoy haciendo a la idea. Sé que es tu chica pero me cuesta. Tampoco es que de un día para el otro termine de aceptar la idea por completo. Le pongo toda la onda, creeme – abandonó, quizá por una concentración interrumpida, la tarea estética y creativa para dar una probada, escueta, a los dulces.

Sí... bueno, te entiendo, comprendo, todo lo que quieras, pero la realidad es como es, no hay que darle tantas vueltas. Yo soy así y punto. Si me quieres me tenes que aceptar toda así entera como soy, con mis gustos y defectos – estaba empezando a ponerse nerviosa porque lo único que tenía en mente era distraer a su madre ante una respuesta que no tenía.

Cambiamos de tema que no quiero entrar en lo profundo de la espiral. Ya hemos tenido esta conversación. Corazón, ¿tenés la ropa lista? Sabés que soy medio despistada pero para vos este festejo de cumpleaños era super especial así que me anoté todo al detalle. Me puse alarmas para cada pequeña actividad.

Sí, ma, encárgate de lo tuyo que lo mío está bajo control. ¿A las 22 es que viene todo el mundo?

Sí... bueno... todo el mundo es un poco abarcativo, pero sí, tu familia y amigos llegan a esa hora. ¿A qué hora viene Manu? – soltó rapidito antes

de hacerse la concentrada en la computadora.

Por ahí – contestó, evasiva, mientras subía con rapidez las escaleras hacia su habitación.

Se le tenía que ocurrir algo rápido. No iba a dar crédito a lo que le dijo anoche entre lágrimas y gritos.

Entendeme, Lolo, yo ya no soy yo, siento que me estoy volviendo loco. No puedo más. Me estalla el cerebro. Que vos no me entiendas es lo último, es lo peor, ya nada tiene sentido si vos no me entiendes – se agarraba la cabeza, desesperada, mientras las lágrimas le cubrían todo el rostro.

¿Cómo que vos no sos vos? Entonces... ¿Quién sos? No te entiendo Manu. Nena... mi amor, ¿qué me querés decir? – intentaba retenerla entre sus brazos pero aquella se desprendía y alejaba en medio de la incompreensión.

No me digas más así. No digas ese nombre. Odio ese nombre. Lo odio. Me odio. Si me decís que soy Manu me muero. Yo soy Yoe. No me trates más como una mina, ¿no ves que nada es mi es de mujer? ¿Te estás haciendo la ciega? ¿Qué más tengo que hacer para que todos se den cuenta que soy un tipo?- se pasaba, frenética, las manos por el pelo corto con cresta verde, la sombra oscura sobre los labios y el pecho plano por la faja que llevaba para aplastar aquellos minúsculos senos.

No, Manu, no, no digas más eso. Me estás volviendo loca. Mi madre acaba de entender que amo a una chica ¿y ahora me salís con esto? ¿No estarás confundida? Hasta ayer no te pasaba esto. No te entiendo, te juro que no te entiendo – el enojo crecía en su interior y quería no estar viviendo aquello. Se desesperaba por mantener la convicción de que eso no era más que una pesadilla, no podía estar ocurriendo en verdad. Era Manu, su Manu, loquita, nerviosa, cambiante y distinta a todo el mundo pero ahora era un ser sufriente, no era ni una cosa ni la otra, se sentía confundida y no sabía si era mujer o varón.

Lolo, mis esperanzas están puestas solo en vos. Si vos no me entiendes, si no me aceptas, si no podes acompañarme en esta parte del camino, entonces yo me mato. Con mi familia no cuento, eso ya lo sabemos. Amigos me quedan re pocos. Solo Ro y Fer. Los otros han sido una manga de fallutos. En cuanto quise ser yo mismo me dejaron de lado. Así es el ser humano, se hace el amigo, el que te entiende y está con vos, pero en cuanto hacés algo que no les cabe, zas, ahí te dan la espalda. Como vos Lolo, me estás tirando al tacho – había dejado de llorar y le miraba con los ojos hinchados y enrojecidos.

Yo sigo estando con vos pero para mí sos Manu. No puedo verte como... ¿Yoe? ¿De dónde sacaste ese nombre? No entiendo nada. No puedo seguir

hablando, estoy re confundida, discúlpame.

No pudo incorporarse en el banco, el primero que fue testigo de aquellos besos en la plaza, cuando Manu quedo parada y mirándole, como dándole una última chance. El silencio habló sin palabras y se quedó sola bajo aquel cielo encapotado. No podía definir cómo se sentía porque la rabia la había tomado por completo. Se sentía defraudada, no podía confiar como creía hacerlo hasta unos minutos atrás, triste y quizá hasta manipulada. ¿Por qué sentía culpa? ¿Qué responsabilidad tenía ella en aquel mambo? Era la cabeza de Manu y ella no había pedido enamorarse de una persona que luego quería ser otra. Se enamoró de Manu, una chica, no un chico. Eso lo tenía claro. ¿Y ella? ¿O debería comenzar a decirle él?

Capítulo 2

Capítulo 2 Manuchau

La laptop mostraba las casillas vacías.

Si. No.

Una encrucijada más en su vida que cortaba para siempre una etapa y daba inicio a otra. No había manera de tener certezas. Solo elegir. Tan solo ejercer la libertad en medio de tanta opresión.

No hay vuelta atrás. No hay manera de volver al inicio si elijo esta opción. No puedo más, estoy solo, estoy más solo que nunca, ¿en qué me va a cambiar salirme de estas putas redes? No hay peor soledad que la de pensar que estas acompañado, rodeado de gente que te quiere, que te banca, que no te va a dejar solo nunca, menos cuando estás a un paso de querer arrancarte de esta vida, o estos miles de seguidores que no tienen ni idea de quién soy en realidad. Se creen que por ver una milésima parte de lo que elijo mostrar de mí ya lo saben todo. La única persona que podía acompañarme en este momento, re loco, obvio que me doy cuenta que es re loco, era Lolo y ni ahí de entenderme.

Cuando la conoció quedó flasheada. No podía creer que aquella pelirroja surcara la pista de patinaje con tanta desenvoltura. La piel recubierta de pecas parecía decirle que la vía láctea brillaba para él. Cierto es que aunque hacía tan solo tres meses de ese primer flechazo aún en ese momento se sentía Manu. Era una chica aunque vistiera y se moviera por el mundo como un chico. Su nombre ambiguo jugaba con la libre interpretación del interlocutor. En aquel caso Lolo había quedado prendada de él pensando que era un chico. Lo supo un par de días más tarde cuando logró que una amiga intercediera para conocerle. En todo momento aquella jovencita de piernas torneadas y la mirada vivaz se dirigió a ella como si fuese Manuel. En la panza le vibraba cada órgano y sufría de una implosión de felicidad cada vez que se refería a ella como un chico. Es que ahí ella aún no era un "él". En sus fantasías y proyectos estaba, de a poco, ir haciendo la transición para un día ser completamente un hombre para esta sociedad que no da cabida a las mujeres. Dejó que la mente de Lolo jugara unos minutos con su ambigüedad pero no quería dañarla y tampoco arriesgar la posibilidad de conquistarla. No se perdonaría perder una chica tan linda. Es que no era solo que fuese "linda"... era algo diferente, una especie de magia arrebatadora se le escapaba por los poros. Cuando le hablaba siempre parecía estar tentada y recorrida por unos impulsos eléctricos invisibles para los demás. Apenas perceptibles le hacía temblar la comisura del labio hacia la izquierda. Como si un chiste aguardara en cada silencio tras esos labios húmedos y

rojos por el brillo que se ponía para mantenerlos humedecidos.

Pero... pareces un chico. ¿En serio me decís? ¿No es una joda? - preguntó entre divertida y temerosa.

Se le notaba la inteligencia en cada movimiento por lo que sabía que estaba coqueteando con ella, haciéndose la inocente, aunque siendo consciente de que estaba hablando con una chica.

Mi nombre no es Manuel. Soy Manuela. Parezco un chico. Muchos creen que soy un chico. Pero no, soy Manuela.

Pero... ¿sos algo así como lesbiana? - se puso colorada hasta en la frente y las orejas al pronunciar una palabra que intuía era prohibida en ella, quizá hasta en su propia casa.

No me caben las etiquetas. Lesbiana, gay, torta, puto... yo que sé... la verdad que nunca he estado con un chico, si a eso te referís - fijó la mirada en las pupilas verdes de la chica que le absorbía en cada palabra. No, obvio, a mí tampoco. No me va ni ahí nada que nos encapsule en una sola idea. Re obvio que somos libres y no importa con quien estemos. Lo que importa es que seamos nosotros mismos, que te sientas re auténtica y vos misma, que vivas el amor así, con libertad, ¿no? - tartamudeaba un poco y se entreveraba en la forma de decir las cosas.

Era evidente que Lolo nunca había estado con una chica. También era obvio que había grandes censuras en su casa porque no fluía con naturalidad mientras hablaban. Si bien era la primera vez que se "enganchaba" (porque era muy obvio que ya estaba hasta las manos aún sin haberle robado un beso) con alguien diez años menor era verdad que se sentía en la mayor comodidad entre aquellos ojos verdes.

Bueno, ¿vas a poder arreglar todo para encontrarnos el jueves a las cinco? Te entiendo si se te re complica y no podes ir. Yo voy a ir igual y te voy a estar esperando. Si no llegas a ir, no te preocupes, no me voy a enojar contigo ni nada parecido, voy a entender que no fuiste no por falta de deseo sino porque fue imposible arreglar con tus viejos - agachó la cabeza sabiendo que la pelirroja iba a hacer todo lo posible por no perderse esa cita.

Conocía a ese tipo de chica. Dulces, seductoras sin tener muy claro el alcance de sus atributos, sabiéndose bella y encantadora pero naif, a lo niñita juguetona que se cree en el baile de un cortejo sin que ningún pretendiente pueda llegar hasta ella. Eso hacía que le gustara más. Ya no tenía fuerzas para conocer a una chica de su misma edad, aún confundida por no tener claro si le gustaban las personas de su mismo sexo o no, si seguir lo que se supone está bien para esta sociedad enferma o seguir sus propios deseos, ser fiel a sí misma o dejarse prostituir por lo que compran los demás. Le había agarrado asco a tanta falsedad y que le cortaran el rostro metiéndole cuernos con los típicos machitos. Pero Lolo era ingenua,

se creía todo y se la notaba francamente deseosa de estar con una mujer, sin vueltas.

No solo con mis viejos tengo que inventar algo... Fa... no me gusta tener que decirte esto. Igual estoy terminando, ya no da para más, no siento nada...

¿Estás con alguien? ¿Estás de novia? – no se esperaba aquella confesión. La hacía sola y nadie le había puesto al tanto de esa situación.

Sí. Más o menos. Bah... yo ya no me siento de novia. Lo estoy dejando pero es que él no entiende. No le pasa por la cabeza que yo ya no estoy enamorada. Luca sigue re enganchado y me está atomizando por whatsapp con que quiere reconquistarme y no sé qué más.

Si estás complicada, lo entiendo. No quiero joderte ni nada. Vos fijate porque no quiero ser un problema en tu vida.

No, no, pará.

La desesperación en su voz y movimientos le hicieron sólidas todas las esperanzas. La tenía a sus pies y eso que era recién el comienzo. Pero también era consciente de que no era una chica declarada y podía tener un revés en este descubrimiento. Lolo había apoyado su mano en su abdomen y por allí fue donde la tomó para hacerle sentir el próximo paso. La chica suspendió la respiración unos segundos mientras veía como Manu iba recorriendo cada milímetro de vacío hacia ella. Con la otra mano le tomó el rostro acunando el mentón en su hueco. La miró como si pudiera zambullirse en el agua esmeralda de sus ojos para nadar hasta saciar la ansiedad que le recorría en el cuerpo. En el momento que la besó la chica pareció abrir las compuertas de una leona enjaulada. La respiración entrecortada se le hacía calor en la cueva de su garganta y las lenguas parecían predecir lo difícil que sería un segundo encuentro. Lolo besaba como una experimentada en los besos pero virginal en el encuentro con una mujer. Notó que abría los ojos por momentos como para corroborar que sí, era cierto, se estaba besando con una chica. Redoblaba la apuesta en la excitación y ahora la tenía retenida entre aquellos brazos tonificados por el gym.

¿De qué te reís? – le preguntó con cierta duda y se sorprendió teniendo miedo de que le causara gracia su manera de besar.

Nada... - miraba para abajo para ocultar que se había ruborizado – que me acordé de algo que leí en un libro hace poco – y subió la mirada con cierta picardía que le convertía los ojos en algo felino.

Contame... - con voz suave intentaba bajar sus defensas para generar confianza, mientras le acariciaba un mechón húmedo que caía bajo su oreja.

No sé... me da vergüenza... pero leí, en este libro, que ser lesbiana es estar caliente todo el tiempo... ¿es verdad?

Puede ser... Pero yo ya te dije que a mí no me gustan las etiquetas. No he leído ese libro pero me da la impresión de que me va a gustar. ¿Te gustaría llevarlo el jueves y leérmelo? – propuso divertida en lo que sabía

se convertiría un momento de complicidad.

Nunca podría haber imaginado que todo se fuera a complicar de tal manera. No fueron fáciles los primeros encuentros y debieron sortear muchos obstáculos para poder dar inicio a este amor. Pero era consciente que desde esos primeros momentos no había sido franco. No podía decirle a Lolo que estaba tomando hormonas para que le creciera el vello en el rostro, que se detuviera esa menstruación que tanto dolor y humillación le daba, y las caderas detuvieran sus redondeces. Hacerse vegetariano había sido una buena opción para simular la pérdida de peso. El peor enemigo en estos momentos era la subida de peso. No podía permitirse ninguna redondez. Quería ser lo más recto posible.

Si.

No.

Quiero eliminar este pasado. Ya no me representa. No habla por mí. Me rompe los ojos verme en estas imágenes. Nada femenino quiero en mí. Manu no me habita. Soy Yoe y todo yo soy hombre.

Dio click a la primera opción y dio de baja el perfil de @manuchau en Instagram.

Tuvo que salir corriendo al baño porque las arcadas pujaban por violentarle la garganta con un vómito. Escupió lo poco que había ingerido ese día pero fue suficiente para abrazarse al wáter y llorar. Se sentía vacío. Se sentía solo. Sentía que en esa mancha viscosa estaba lo que una vez había sido ella, o él. La angustia le invadía cada célula y quería llorar a gritos por estar viviendo este infierno. ¿Por qué era tan difícil si parecía que todo iba a ser más fácil? ¿Qué le dolía tanto? Saberse aquella bebida de ojos ingenuos y felices ante una cámara de fotos sostenida por un padre borracho y desaparecido. ¿Por qué su padre se le aparecía en sueños, aún después de tanto tiempo de muerto, y convertido en un ser monstruoso, bañado en leche y provocándole un sobresalto que le hacía incorporarse, intempestivamente, con un sabor ácido en la boca?

Otro acceso de vómito le dobló el espinazo hasta que arrojó toda la hiel de la que se pudo desprender. Le ardían las entrañas pero sabía que era el mínimo castigo que merecía por no ser perfecta, por no ser lo que se esperaba que fuese, por no cumplir con los deseos de su madre, por haberle defraudado y ser ahora un machito para hacer frente a algo que sentía era inabarcable. No toleraba seguir siendo la misma. Necesitaba desterrar no solo de su conciencia, de los recuerdos, de su propio nombre que le mantenía con vida ligada a cada historia compartida con él, sino también de su identidad. Necesitaba ser otra persona. Borrón y cuenta nueva. Ni la terapia podría ayudarle a descifrar el contenido de esas pesadillas. Algo extraño le rondaba el cuerpo y todo le parecía extraño. En

esos momentos desconfiaba de todo lo que estuviese a su alrededor, hasta de su propia conciencia y recuerdos.

La soledad le aplastaba y se le hacía doble. No podía con tanta angustia. Pensó que darse de baja y que tantas imágenes de su identidad anterior le iban a ayudar a sentirse libre. Pero no. Algo indecible se le hacía materia en el cuerpo y parecía que un alquitrán le fuese tiñendo cada órgano, cada espacio vacío entre ellos, toda célula y noción de célula hasta las mínimas ideas. Un monstruo oscuro le estaba comiendo desde adentro, y no se iba Manu, pero tampoco venía Yoe. Quedó en una nebulosa. Estaba en suspensión entre dos nada. Nada de Manu y nada de Yoe. No era mujer. Tampoco era varón. ¿Qué soy? ¿Quién soy? Sintió que empezaba a salirse de su cuerpo y casi pegado al techo se veía allá abajo en medio de la desesperación. No toleraba tanto dolor. Era inhumano pasar por eso. Así no se podía vivir.

Se levantó como pudo y llegó hasta la mesita de luz. Su madre nunca notaría la ausencia de esas pastillas. Las contó entre mocos y saliva fundiéndose entre los dedos. Decía incoherencias que le sonaban muy coherentes porque todo el mundo se derrumbaba. Cuando todos tus cimientos caen hasta la más llana locura es cordura. El número le pareció profético: sesenta y nueve. Como los pecesitos del símbolo de Piscis. Ella era pisciana. Él era pisciano. Era esos dos peces que en medio de la inmensidad, en ese vasto universo negro, se comen la cola. En esa espiral sin fin engullen el movimiento que les da equilibrio. Un pez sin cola no puede nadar. Si no nada queda estancado en el fondo. Si queda en el fondo solo le queda entregarse a una muerte serena, pero sin voluntad de libertad, o dejarse, sin más remedio que la desidia, comerse por los otros que le necesitan para seguir subsistiendo. Ella había sido pecesita sin cola.

Tomó las sesenta y nueve pastillas. Las humedeció con agua y las fue pisando con una cuchara. Las hizo polvo y se las tomó junto con agua de la canilla. No más pecesitas entregadas a las necesidades ajenas. Que los otros subsistan como puedan. Ahora era un pez, desagradable, tosco y deforme, como esos que apenas son descubiertos en lo más profundo del océano, iluminados por sus huesos incandescentes y a fuerza de saberse solos en esa negra inmensidad. Era un fenómeno, una aberración de la naturaleza, así se lo hacían sentir en esas redes virtuales que le atraparon como el pez distraído que era. ¡Matate, atorranta, ni se te ocurra hacerte pasar por machito con esa flor de con...!

Basta. No más insultos. No más hacerme la persona fuerte que nada siente. No puedo más. La única persona que podía rescatarme con aquel anzuelo en la nariz y su pelo arcoíris me dio la espalda a último momento. Nunca imaginé que el amor doliera tanto.

Los ojos se le fueron cerrando en una dulce pesadez de los párpados. Pobres los peces. No pueden cerrar los ojos para descansar. Pobres... No pueden elegir si dejarse comer en el fondo de un estanque. Ya le habían comido hasta lo que no tenía. Ahora era tiempo de abandonarse a la oscuridad de ese negro fondo.

Capítulo 3

Capítulo 3 – Si algo puede salir mal, seguro va a salir mal

Y salió todo mal. Lo único que resonaba en mi mente cuando te veía ahí tirada sobre esa camilla fría y antipática era la frase que vos me decías cuando arrancabas el día con el pie izquierdo: "si algo puede salir mal, seguro va a salir mal".

Doy vueltas una y otra vez sobre lo mismo pero no puedo encontrar otra manera de haber actuado. ¿Debí haber pedido ayuda antes? ¿Debería haberle contado a mi vieja sobre nuestra discusión? Ahora es fácil ponerse a pensar sobre esto pero si tuviera que estar otra vez en el mismo lugar, con las mismas circunstancias y... no, no hubiera hecho algo diferente, hubiese actuado igual. No me puedo reprochar ni culpar por esto que te pasa. Aunque me siento culpable. Mi mente se pelea con mis emociones porque una especie de imagen pasa por mi cabeza y dice que no es mi culpa. Pero los subtítulos me dicen que algo tengo que ver en esto. ¿Será que verte tan frágil, indefensa y solitaria me toma desprevenida?

Estaba sola en la habitación, si es que se podía llamar habitación a aquel cubículo mal cerrado con una cortina. Tenía conectado a su brazo izquierdo un suero y caían las gotitas como las lágrimas que debía haber vertido Manu antes de llevarse todas esas pastillas a la boca. Se le frunció la boca de solo pensarlo, en un gesto instintivo de rechazo y dolor, al imaginarse el sabor amargo de esa soledad. Le acariciaba con la esperanza de que reaccionara y pudiera pedirle perdón. ¿Perdón por qué? Si tan solo abriera los ojos intentaría consolarle y calmarle el alma atormentada de pensamientos oscuros. Como sea ganaría de nuevo su confianza, porque sabía que su chica se había sentido defraudada por su reacción y por eso había tomado esa decisión tan errada.

Encima la madre es una estúpida. Siempre colgada en sus pavadas y no logra ver que Manu está re mal. Anduvo gritando, re sacada, haciendo escenas mientras interrumpía el trabajo de los médicos. De solo recordarlo me saca de quicio.

Manu, quejumbrosa y narcotizada, intentó abrir los ojos pero los párpados hinchados apenas permitieron que asomara su pupila derecha. Lolo le ayudó a despejar la vista pasándole un poco de gasa humedecida en agua. Esto ayudó a retirar una lagaña que le entorpecía la mirada. Quería hablar pero tosió y se quejó de dolor al darse cuenta que el suero pasaba por sus venas.

Shhh... tranqui, mi amor, no te esfuerces. El médico dijo que tenías que descansar mucho. Tenés que reponerte Manu... - le pasaba con suavidad una mano por la frente. Recién en ese momento se percató de cuántos

granos llenos de pus tenía ese espacio de su rostro. También en las mejillas se hacían evidentes varias protuberancias sonrosadas. Algunas presentaban una tonalidad más oscura, amoratada. ¿Tendría razón lo que la madre le había dicho en medio de aquellos gritos acusatorios?

Mmm... no... - se quejó, adormilada, mientras enfatizaba su desagrado con la mano.

Tranquila. Si precisas algo avísame, estoy acá para vos, nena, toda para vos, como siempre – intentaba apaciguarla mientras le besaba la mano desconectada.

Mmm... no soy Manu... - los ojos se le llenaron de lágrimas y no pudo continuar.

El silencio quedó como un testigo silencioso de una verdad que se abría paso a como diera lugar. Las únicas voces que retumbaban por los pasillos era el de las enfermeras que no sabían de horarios ni momentos incómodos entre los que se aman. Le acariciaba la cresta verde, descolorida por el tiempo que acusaba la falta de nuevo tinte, y esperaba que las emociones no le agolparan en la garganta, dejando que los pensamientos fueran volviendo cada uno a su lugar. Por un instante pensó que se iba a desbocar y un “no entiendo nada” casi escapa de sus labios. Lo mejor sería dejar para más adelante esa charla puesto que ahora no era el momento indicado. La madre de Manu le había amenazado, a ella y a su madre, con “meterle” una denuncia en su contra. Se le había puesto en la cabeza que su hija estaba en esas condiciones tan insalubres por su culpa. Que su hija había estado bien hasta que entró ella en su vida. La había vuelto loca, con ideas de cambiar de sexo, que ahora quería ser hombre y no sé qué más. Sacudió la cabeza para deshacerse de esas ideas que le llenaban de miedo y se concentró únicamente en dar lo mejor de sí para que su chica se repusiera y saliera de allí cuanto antes.

¿Qué pasó? ¿Por qué tengo esto enchufado en el brazo? – miró con estupor el tubo lleno de líquido transparente.

Te estas recuperando. Necesitás estar en observación. Te sentías mal y demasiado sola. Perdoname... por favor, perdóname... no puedo – se interrumpió, escondiendo la mirada al apoyar la cabeza en la panza de Manu. Las lágrimas rompieron cualquier dique de contención y en espasmos se movía sobre el regazo con olor a hospital.

¿Cómo decirle todo lo que había pasado en ese momento de tanta fragilidad? ¿Desde qué momento debía comenzar a narrar los hechos? Lo primero que se le vino a la cabeza fue el instante en que su madre atiende el celular y le queda mirando con los ojos estáticos, fuera de sus órbitas, y la boca abierta, congelada. Todo el mundo estaba ya en la fiesta y traía los cupcakes para terminar de adornar la mesa. Intuía que Manu no llegaría pero aún mantenía la ingenua esperanza de que a último momento sonaría el timbre y allí estaría ella. Aún veía como, en cámara lenta, caía de sus manos la bandeja y el cupcake más grande, el más

glamoroso, rodaba hasta tocar la punta del zapato de su madre.

Manu está internada. Intentó suicidarse – la madre se lo decía como haciéndola despertar de un mal sueño. Pero el mal sueño era escuchar esas fatídicas palabras. La peor pesadilla hecha realidad.

¿Cómo que... cómo... Manu...? – no podía articular palabra y se quedaba trabada sin poder hilar la frase completa. ¿Habría intentado pegarse un tiro? Imposible porque no tiene armas de fuego. ¿O habrá querido cortarse las venas? No... nunca intentó cortarse ni nada por el estilo.

En milésimas de segundos las infinitas teorías de atentar contra su vida se le pasaban por la mente como una película tétrica. Y la culpa. Se le instaló en medio del pecho así como la madre terminó de pronunciar la palabra tan temida: suicidarse. Pocas palabras deben ser tan maléficas y convocantes de tanto temor como esta. ¿Acaso hay algo peor que el suicidio? ¿Puede haber algo más tenebroso que la falta absoluta de control que te haga sentir que una persona que amas se te va de las manos, por propia voluntad, atentando contra lo más sagrado que es esta vida? Nunca imaginó que Manu pudiese ser capaz de un acto así. ¡Qué desesperada y sola debía de sentirse!

Siempre había aparentado ser segura de sí misma aunque habían aparecido alguna que otra pista de que tenía sus mambos. Pero desde el primer momento la había encarado sin miedo, con confianza y sin miedo al rechazo, siendo encantadora a su estilo. Quedó prendada desde que le dijo "hola". Si le hubiese dicho, con la franqueza más brutal: hola, mi vida es un desastre, tengo el re mambo en mi cabeza, no sé ni para donde voy, ¿igual querés estar conmigo?, le hubiese comido la boca de un beso y hubiese arrancado para cualquier lugar sin importarle nada. Así es la adolescencia, hay que vivir el ahora y ser fiel a lo que uno siente, sin lugar para los arrepentimientos, que más vale arrepentirse de algo hecho que de algo que quedó por hacer.

En realidad ahora se cuestionaba estas premisas que siempre había concebido como guías en su camino. Su filosofía de vida era vivir el ahora, disfrutar de los momentos placenteros, hacer caso a lo que te dicta el corazón, dejarte ser sin que te importe lo que te digan los demás, no dejarte influenciar por opiniones ajenas. Pero ahora, viendo a Manu allí tirada, habiendo atentado contra su vida, por todo lo que estaba viviendo, y viéndose ella inmersa en este bardo... Comenzaba a recapitular y reformular algunas cuestiones. La vida parecía ser algo más serio que sentirse siempre bien y hacer lo que uno quiere todo el tiempo. Cada decisión tomada tenía su peso y ahora la veía a Manu tan desprotegida, sola... ¿Qué le escondería que la tenía tan mal? ¿Por qué ya no quiere ser mujer? ¿Tendría ella algo que ver en todo esto?

No recordaba nada sobre el momento en que su madre la tomó del brazo, le pidió que se abrigara y la subió al auto mientras salían a toda prisa para

el sanatorio. En la sala de espera la madre de Manu estaba sentada con la cabeza hundida entre las rodillas. Aunque no tenían mucho conocimiento ni contacto una con la otra tuvo el impulso de correr y abrazarla. Quizá una parte de Manu se escondiera entre sus brazos. Pero de inmediato se dio cuenta que nada de su chica habitaba la mirada de aquella mujer. La paralizó sin palabras. Una profunda mirada de odio le recorrió desde las pestañas hasta las uñas de los pies. Su madre había quedado unos pasos atrás y no vio que la mujer se increpó en un segundo y casi voló hasta llegar a ella. Se le fue al humo con insultos y amenazas. Le reprochaba que su vida era un infierno desde que estaba con su hija y que se la había cambiado por esta cosa enferma. Que era una chica de lo más normal y que ahora andaba con ideas raras de que le gustaban las chicas y encima se hacía llamar Yoe, que quería ser varón. Le atribuía a ella este "drástico y abrupto" cambio porque hacía tres meses había comenzado a comentarle, como al pasar, estas dudas.

Su madre la tomó por los hombros y le dijo a la alterada señora, tranquila pero firme, que se ubicara porque se estaba comunicando en muy malos términos con una menor, que su hija tenía derechos y si insistía en hacerle este daño moral debería concurrir a la comisaría a presentarle una denuncia. La palabra mágica pareció surtir efecto porque en silencio, aunque ofuscada, tomó asiento nuevamente y se aisló del entorno fijando la mirada en su celular.

¿Y la fiesta? ¿Estamos a tiempo? No sé qué hora es... O qué día... - aturdida por los sedantes intentaba recuperarse antes de tiempo. Le pidió que le alcanzara un poco de agua porque los labios estaban resecos y cuarteados. Se había deshidratado en el proceso de intoxicación y el procedimiento de lavado gástrico le había dejado un dolor áspero en la garganta. El mal sabor de boca no se iría por unas horas.

Conforme iban pasando los minutos ciertas lagunas mentales se iban reconstruyendo, ayudando a ordenar la sucesión de hechos que le habían llevado hasta ese momento. Recordaba, con sumo miedo y escalofríos, el invasivo procedimiento para sacarle de la intoxicación. Consciente pudo ver cómo le ingresaban, por la garganta, a presión, un tubo enorme, negro y de goma compacta, hasta llegar al estómago. Allí le irrigaron y aspiraron, de a pequeñas cantidades, el agua que le limpiaría el organismo de la inmensa cantidad de pastillas que había ingerido. A tiempo había llegado su madre, alertada por su amigo Fer, que al ver que había dado de baja su cuenta de instagram supo que algo andaba mal con ella. Le explicaron que las pastillas tomaban más tiempo en hacer efecto y que fue una suerte contar con un amigo que le quisiera tanto, que se preocupara por su vida y la rapidez con que actuó su madre. El psiquiatra, que en una rápida visita le diagnosticó una depresión con ideaciones suicidas y pasaje al acto en lo que se veía en el momento, le recalcó, quizá como un mero protocolo, que quien cuenta con dos personas que le quieren tanto es porque tendría motivos para salir adelante y seguir

luchando por su vida. Ni se gastó en contestarle que qué sabía él de su vida, si tenía motivos o no, si encima le llamaba Manuela y nada sabía sobre la nube negra en su cabeza y que Yoe pujaba por salir.

Ni te preocupes por la fiesta. Ahora lo importante sos vos. Nada me importa mas que vos y que estés bien. Yo te voy a ayudar, te juro. Sé que a veces me decís que soy una pendeja, que con dieciséis, bueno... ahora diecisiete, no tengo idea de la vida pero en serio que quiero ayudarte – la abrazó mientras le daba un beso en la boca reseca. No le importó que le supiera áspero porque el calor de Manu no se veía impedido por esa piel rota – Aparte... no había forma de que la fiesta saliera bien. Como vos decís: si algo puede salir mal...

Je. Te quiero guacha, lo sabés – rió, apenas entornando el costado derecho.

Yo no. Sabelo – y con picardía le sostuvo la mirada – No te quiero, porque yo te amo. Como sea que te llames.

Capítulo 4

Capítulo 4 – El regreso

Hacía días que notaba a su madre un tanto extraña. Se sobresaltaba cuando aparecía por la cocina, la veía pensativa y guardando las cosas donde no van, como el aceite dentro del congelador o un zapato en la ducha. Si bien era disciplinada para mantener la línea y alimentarse bien ahora la veía demasiado pendiente de las ensaladas, porciones y prohibiciones que significara cualquier caloría extra. A veces la encontraba enviando mensajes en los rincones como si buscara un escondite para ello.

¿En qué andas, mami? ¿Tenés algún pretendiente que te estás poniendo cada vez más bonita? – la sorprendió, encorvada sobre la laptop, en el arduo proceso de encontrar la luz exacta para nivelar una imagen de exteriores de una lujosa casa.

Ay, me asustaste Lolo. Nada de pretendientes, ¡qué decís! No tengo tiempo para “esas cosas” – continuó dándole la espalda y ensimismándose más como para decirle que no le incordiará - ¿Cómo vas con Manu? Hace días que no hablas de ella...

Nada, todo bien, recuperándose – tomó una pera de la heladera y subió volando las escaleras para encerrarse en su habitación. No quería hablar sobre el tema con su madre. No estaba preparada.

Luego de haber pasado por esa situación tan traumática de verla media muerta sobre la camilla y habiendo intentado suicidarse, con lo que traía encima de que ahora no era Manu sino Yoe, no sentía fuerzas para encarar a su madre. Estaba muy agradecida por todo su apoyo y la comprensión que le demostró en todo momento, más de lo que ella hubiese creído que su madre podría dar. Le hizo sentirse aceptada y querida que en un momento tan difícil la defendiera, sobre todo cuando le puso los límites a la madre de Manu.

Ni ella comprendía muy bien qué significaba esta distancia. Por un lado Manu le había comentado que su propia madre estaba durísima con el asunto. No quería saber nada de sus sentimientos, de este cambio que ahora se hacía patente en su identidad, desde la ropa, cabello, peinado, forma de hablar, vestirse y dirigirse a sí misma, ahora en un discurso masculino, denominándose a sí misma Yoe, sin darle oportunidad de explicarle que este era el nombre social que había elegido para ser conocido por los demás, y tomando hormonas para acentuar rasgos del sexo opuesto a su originario. Se negaba rotundamente a aceptarla en una transición y con mayor empeño se refería a ella como una chica. Lo entendía como una crisis y que se le iba a pasar. Que eran ideas que le había puesto Lolo porque fue a raíz de esa relación que empezó con ideas raras. O por lo menos ella vinculaba una cosa con otra quizá para evitar

meterse a fondo en el asunto.

Le dije mil veces que nada que ver con vos. Que esto es un mambo mío y que no se puede hacer la desentendida. Ella sabe bien que nunca fui muy femenina y desde chiquita ya era medio "machoncita". Siempre jugaba con varones y en la escuela ya sentía que me gustaba alguna chica. No es fácil de explicar pero nunca me sentí yo misma... o sea... sí... era yo pero no yo... como yo varón y no cerraba con mi forma ni mi cuerpo... tampoco me encontré cómodo con lo que la gente esperaba de mí. Algo me hacía saber que no podía contarle a nadie de mi familia que yo sabía que era varón pero que ellos no me veían como uno - se lo contaba mientras le pasaba un mate bajo el árbol que siempre les daba sombra en la plaza.

No la abrazaba ni besaba. Desde que le habían dado el alta Manu estaba rara y distante. Por momentos le demostraba cariño, que le hacía dudar si la quería como una amiga, pero de ratos se encapsulaba y parecía querer evitarla. No entendía a qué se debía ese cambio cuando ella no había tenido nada que ver. La apoyó en un momento super crítico y ahora la rechazaba. Le causaba tanto dolor que lo primero que sentía era un gran enojo. Le resultaba difícil reprimir esta emoción cuando hasta roja se le ponía la cara cuando no la rozaba, se despedía con un beso en la mejilla o le contestaba bastante fría en el celu.

Pero vos tenes también algo denso ahí en tu pasado. No es solo eso... - no quería decirle cosas que le hirieran pero se le atravesaba su propio enojo en el camino - no sé... me parece a mí que no es solo que serías "machoncita", o lo que sea, ¿lo de tu viejo no tiene nada que ver? - disparó sabiendo que echaba sal en la herida abierta. ¿Qué decís? ¿De qué hablas? ¡Salís con cualquiera! No se puede hablar con vos. Tiene razón mi madre, sos una pendeja - se levantó, dejando la huella en el pasto, y se fue en la moto, sin darle tiempo a reaccionar.

Se quedó ahí sentada sin poder, o sin querer, moverse. Aprovechó esos minutos que le quedaban libres para tirarse en el pasto y dar rienda suelta a su mente. Necesitaba pensar, poner la cabeza en orden, separar las emociones de los pensamientos, y por sobre todo, de lo que decía y hacía. Como si se le hubiese caído todos los cajones de un armario y debiera colocar nuevamente cada uno en su lugar con la ropa clasificada por color, tipo de material y tamaño. El mate aún estaba caliente y el contacto del cuerpo entero con la tierra parecía anclarla, traerla al presente, bajarle la ansiedad por un rato. Miraba las nubes pasar y se permitió jugar a ver formas como hacía tanto no lo hacía. ¿Por qué le habrá jodido tanto que le dijera lo del padre, si era bastante obvio? Ni siquiera pudo decir algo al respecto, nombrarlo o insultarlo. Nada. Se enojó, le escupió un insulto y se tomó los vientos. ¿Tan jodido era el tema? Sabía que era una parte de su vida que no estaba resuelta y que la duda rondaba todas las cabezas de su familia pero algo más había en esa escapada. ¿A quién le hablaba cuando le disparó "eso", que sabía era un abandono, de la forma que sea,

pero lo era, sabiendo que le dolería? ¿Acaso su propio padre no había desaparecido? Un reflujo subió por el esófago y le hizo incorporarse perdiendo conexión con este instante de iluminación. Tosió para eliminar la acidez estomacal y ya no tuvo ganas de jugar a dar forma a las nubes. No quería dar forma a nada. Su mundo se derrumbaba a pasos agigantados. No le daba tiempo a comprender los cambios que vivía ella misma, con sus recién cumplidos diecisiete años: aún cuestionándose si le gustaban solo las chicas, o quizá aún los chicos, si tenía novia o no, si su novia se sentía mujer o un chico dentro de un cuerpo que se le hacía equivocado...

Había leído hacía poco, en algún libro sacado de la biblioteca, una frase que quedó resonando en su cabeza. Se trata de un pensamiento, o descubrimiento, de un psicólogo que parece fue un grande en su época, tanto que se había formado con el propio Freud. Decía algo así como que no existe la casualidad sino la causalidad pero más profundo, algo de la sincronicidad y un inconsciente que nos abarca a todos y algunos puntos se unen. Como cuando pensás así, de repente, un día, el nombre de alguien, o recordás que hace mucho tiempo no hablas con determinada persona, y al otro día, justito, ioh, casualidad!, está allí frente a vos o llamándote por celu, como obra del destino y pareciendo LA casualidad.

¿Quién es él? – preguntó a su madre, ni bien abrió la puerta, al llegar a su casa, y se encontró con un panorama irregular, sintiendo una sorpresa rara en el estómago. Como cuando un hilo no termina de desenredarse pero que sabés tiene que hacerlo. Algo no resuelto que puja por deshacerse.

Un hombre, un tanto mayor que su madre, se encontraba tomando una taza de café con ella, mientras veía unas viejas fotos impresas donde aparecía una Lolo chiquita, su madre, la escuela y sus abuelos maternos. Estaba prolijamente vestido, con jeans gastados, camisa de colores pasteles y un peinado con onda, como si aún se sintiera más joven de lo que parecía ser. Le gustó el pelo cano mezclado con algunos oscuros, lacio y un poco largo. Asomaba una barbita plateada que contrastaba de manera armoniosa con las pobladas cejas negras. Tenía la mirada vivaz en dos hermosos ojos verdes.

Se incorporó como impulsado por un resorte y la silla casi cae por el imprevisto movimiento. Su madre también se movió con brusquedad y quedó "tildada" en algo que no llegó a ser. Entre parada y sentada quedó recogiendo las fotos con apuro.

Hola, ¿cómo estás Lourdes? ¡Qué grande estás! – ese señor que se le presentaba amistoso y simpático amagó con acercarse y quizá darle un beso, o tal vez un abrazo. Su rostro de cejas enarcadas y franca antipatía le debieron comunicar que era una mejor idea permanecer en su espacio seguro.

Bien... ¿Quién es? – anuló por completo la presencia y poder de respuesta del susodicho, dirigiéndose a su madre como responsable de identificar al desconocido.

Mi amor... Llegaste antes... te iba a avisar que hoy íbamos a tener visitas... - parecía dudar cómo continuar la frase. ¿Visita? ¿De quién? ¿De ese? Lo último para llenar el cúmulo de mambos en su cabeza era tener que conocer y adaptarse a un completo desconocido que fuese novio de su madre.

No tenía energías siquiera para pensar en esa jugada del universo. Le embolaba pensar en estas posibilidades. Jana, su compañera de banco en el liceo, le había contado que su madre, años después de separada de su padre, formó pareja con un tipo, que ahora consideraba buena onda, pero que en un principio le cayó más pesado que una garrafa de trece kilos. Le había hecho la vida imposible al principio, un poco para ponerlo a prueba y otro tanto para hacerle saber a su madre que no estaba de acuerdo en compartir su atención con un tipo que ni conocía. Había pasado la prueba lo más bien pero en el medio habían tenido discusiones varias, desencuentros, romper esquemas y rutinas que tanto le gustaban que tenía con su madre: compartir la televisión y series que miraban juntas, las compras que hacían las dos sabiendo lo que debían comprar, solo para dos, los horarios para bañarse, adaptarse a una nueva comida porque el nuevo novio gustaba de cocinar, no tenerla a completa disposición a su madre para antojos y necesidades. Al final sintió que el camino recorrido había valido la pena y que tanto su madre como ella habían ganado en espacios personales y les había ordenado en esa relación que estaban tan pegadas, a veces sintiéndose casi una sola.

Pero ahora faltaba mucho para eso. Lolo estaba a años luz de sentir que se podría arribar a un destino feliz. Por ahora veía a ese ser como queriendo agradecerle en escasos segundos. Y su madre, sin que dijera gran cosa, era otra, la desconocía. Parecía una tonta allí queriendo agradecer al tipo ese e intentando presentar la situación de manera calma como si ella fuese una fiera que estuviera por escapar de la jaula.

¿Visitas? Bueno... como quieras... - se iba a ir corriendo por las escaleras, para evitar toda presentación incómoda, pero su madre habló. Y dijo unas palabras que fueron como pegamento en los pies.

Se le enlenteció la caminata. Recordó esos sueños desesperantes en que uno siente que quiere gritar, porque te están por matar, y no se puede; o que quieres correr porque una ola gigante te está por arrastrar y ahogar en lo profundo del mar y cada paso es el más lento de tu vida.

Mi amor... él es tu padre – TU PADRE. Retumbaba en los oídos y no pudo seguir caminando. El reflujo que había tenido hacía un rato mientras tomaba mate y jugaba, como una niña inocente que tan siquiera imaginaba que se le derrumbaría el mundo unos minutos después, volvió

para llenarle de fuego el estómago y la garganta.

Una rabia sorda y ciega le golpeaba el pecho por haber sido tan tonta. ¿Cómo no se había dado cuenta? En los días previos cuando su madre estaba sensible, emotiva, buscaba fotos viejas, rebuscaba en aquel disco duro que tenía recuerdos de antaño, hacía preguntas como sondeando qué necesidades y recuerdos de familia y padre tenía su hija.

Se dio vuelta y quedó estaqueada en el comienzo de la escalera.

Le miró directo a los ojos.

A ella.

A su madre.

Y recordando que no existen las casualidades, sino las causalidades y sincronicidad, dolida consigo misma por pegarle aquel palazo a Manu, en la herida abierta de la desaparición de su padre, cuando el destino le guardaba tamaña devolución, dijo seca y dura, antes de salir corriendo a su habitación:

Mucho gusto, por nada.

Capítulo 5

Capítulo 5 – más solo que el uno

Se sentía perdido, desolado, sin rumbo fijo y siquiera donde poner pie para sentir tierra firme. Desde que había salido del sanatorio las cosas se habían empezado a complicar en cada rincón de su vida. La madre le había retirado la palabra porque “contigo no se puede hablar, ya no sé ni quién sos, no hablo con un desconocido, yo quiero hablar con mi hija”. Evitaba cruzarse con ella en la casa, pasaba todo el día recluido en su habitación y lo único que le mantenía con cierto deseo de seguir adelante era el trabajito online. Si no fuese por esa creación de contenidos esporádica, que por suerte se podía realizar en la reclusión de hogar, desde el refugio ideal de la cama destendida y la laptop sobre sus piernas, no se despertaría cada mañana. Esto es un decir porque en realidad no encajaba con el horario del mundo circundante y se dormía como a las cuatro de la mañana, dándole vueltas a pensamientos ridículos que nada aportan al otro día, lo que traía como consecuencia despertarse al mediodía y trabajar en la tardecita. Había escuchado alguna vez, o leído por ahí, que en las madrugadas todos los pensamientos imposibles son posibles y era así. De manera dantesca vaticinaba los peores escenarios donde quedaba despojado de todo afecto, siendo presa del ridículo y escarnio público, siendo un basurero donde los demás proyectaran sus propios miedos y miserias. Le resultaba difícil controlar sus emociones y no sabía cómo manejarse con Lolo.

- ¿En qué andas? – le escribió por whatsapp al verla en línea en la madrugada. Era raro que Lolo estuviera a esas horas despierta. Algo debía estar pasando con ella y suplicaba que no fuera por la discusión del último encuentro. Aún le dolía lo que le había dicho ella pero en parte se culpaba por haberse ido de manera intempestiva y dejarla sola en la plaza, cuando es una chiquilina que apenas está conociendo qué es el amor y la vida, y encima él le viene con terrible bardo difícil de acompañar.

Demoró en emitir una respuesta. La veía en línea, pasaban los minutos y nada. ¿Estaría chateando con alguien? ¿Tan rápido se olvidaría de él? Sintió un mazazo en el pecho pero tragó enseguida para no dar cabida a tanta duda. Por ahora los únicos que sabían que estaba transitando un nuevo período en su vida, la fase de “hormonizarse” y haciendo la transición de género, era su madre y Lolo. Según le contó esta, no le había dicho a su madre que ahora se hacía llamar Yoe. ¿Sentiría vergüenza de él? ¿Por qué no le contaba si a su madre la consideraba su mejor amiga? Se entretuvo generando más contenido y eligiendo la fuente y tipografía así calmaba la angustia que le entraba de a ratos. Le hacía ruido la frase que había colgado en el whatsapp: “Las desilusiones te hacen abrir los ojos y cerrar el corazón”. ¿Sería un mensaje indirecto para él? Ya sentía que desilusionaba a su madre, temía que Lolo también se

viera defraudada por sus sentimientos y en parte no dejaba de sentir el sabor amargo de la mirada desaprobatoria de quienes le cruzaban en la calle. Algunos no se daban cuenta. Con los nuevos era más fácil presentarse como Yoe, con esta nueva identidad que era la original, la que siempre quiso ser y pujaba por salir. Pero lo más difícil eran los viejos vínculos, el entorno de siempre, no solo en la familia sino aquellos que le seguían en Instagram. Le habían echado tanta mierda encima, tantos insultos aniquilantes que deseó realmente morir para no seguir siendo lo que otros le hacían creer: un ser enfermo. Él no se sentía así, para él, su forma de ser no era una enfermedad, pero ¿cómo hacer entender a tantas cabezas cerradas que le dejaran ser feliz si no molestaba ni dañaba a nadie? La notificación de whatsapp le sacó de las oscuras cavilaciones que no conducen a nada.

- Acá... maso... ¿vos? – contestó breve, con muchos silencios contenidos y un emoticón de carita triste con lágrima.

- Sep... yo también maso... te extraño loquita... no quise que termináramos mal pero... - dejó que los puntos suspensivos diesen la oportunidad de una disculpa mutua.

- No... yo tampoco, obvio, perdoname, metí la pata – emoticón de manitos juntas, que si bien a veces la usaba para mostrar agradecimiento, ahora era para apoyar el pedido de disculpas – no quise lastimarte con algo que te duele... para mejor cavé mi propia tumba sin darme cuenta.

- Perdoname a mi también. ¿Cómo tu propia tumba? ¿Qué te pasó? – se alegró de haber zanjado el malestar entre ambos. Le ponía re mal estar distanciado de Lolo. La quería tanto. Pero por esta misma razón, el inmenso amor, es que debía poner cierta distancia. No quería confundirla o llevarla a un terreno que fuera demasiado escabroso para afrontar. Estar en un lugar de ayuda y contención, paradójicamente, le ayudaba a él para sacar afuera todo lo bueno que tenía para ofrecer. Era como devolverle parte de las ganas de vivir que le infundía su chica. Aún era su chica aunque estuviesen en un momento diferente.

- Lo último... la verdad que ni me esperaba esto. Un bajón. Me siento tan mal que no sé ni qué sentir.

- Pará, nena, de a poco. Contame a ver si te puedo dar una mano. ¿Algo con tu madre o en el liceo?

- No. Nada que ver. Peor. Apareció el innombrable – con varios emoticones de caritas rojas endiabladas, otros largando humo por la nariz y uno verde de desagrado sostenían con creces esta nueva realidad.

- ¿Tu viejo? ¿Posta? Na... ¿Pero cómo? ¿No era que no vivía acá y no se sabía nada de él? – se exasperaba por hacerle más preguntas pero se dio cuenta, a tiempo, que debía estar desbordándola cuando ni ella debía comprender lo que estaba viviendo.

- Ni idea. Después que nos peleamos llegué a casa y lo vi, ahí, sentado en la silla donde almuerzo todos los días, tan campante, re bacán, tomando café con mi madre y haciéndose el melancólico mirando fotos viejas. ¡No sabés la rabia que tengo! Estoy indignada con el tupé de este boludo.

- Fa... se re entiende... te re banco, sí... ¿Y tu vieja no te avisó nada? Qué

raro tu madre que siempre te prepara ante cualquier cosa nueva, como que te avisa siempre por si te agarra un ataque de ansiedad – emoción de sorpresa y queriendo poner un toque de humor porque sabía que a él, en varias ocasiones, éste le había salvado a sacar drama de los imprevistos de la vida.

- No. Se hizo la sorprendida. Estaba barboleteando hacía días. Parecía una mariposa recién salida del capullo ahí en la primavera. Ya sabía que se venía algo raro, pero nunca me imaginé esto.

- ¿Y qué pasó? ¿Hablaron o algo? ¿Sabés por qué estaba en tu casa?

- No. No quise saber. Ni le hablé. Lo dejé colgado para que sepa qué onda conmigo. Mi madre después me quiso explicar un poco. Que no viene con grandes pretensiones pero sí conocerme y “recuperar el vínculo”. ¿Pero qué vínculo si el tipo se mandó a mudar hace mil años?

- Mmm... más que recuperar debe ser hacerlo de cero, ¿no? Pero no parece tan mala idea... digo... un padre que muestra interés por vos... - indagó, con delicadeza, porque cualquier palabra podría ser una pluma quebrando una copa de cristal.

- ¡Ni ahí! Pensé que me ibas a entender vos. Manu... O... ¡Ay, la mierda, no sé ni cómo llamarte! No me siento bien, voy a dormir – sin aviso vio cómo se borraba “En línea” para dejar ese renglón vacío como su deseo de sentirse acompañado.

Tenía razón. Se le estaba complicando a Lolo para reconocerlo como un varón. Encima no se había animado a contarle que hacía unos seis meses, tres antes de conocerla, había empezado a ir a terapia con una psicóloga y el psiquiatra le había recetado una medicación específica para acompañar este momento de cambios bruscos, no solo a nivel físico sino en su estado anímico.

Le había sido en extremo difícil tomar esta decisión porque no contaba con recursos suficientes para hacer frente a un tratamiento largo, poder pagar las consultas, la medicación y las hormonas. Pero hizo sus averiguaciones y en la capital, a través de su cobertura mutual, contaban con un espacio especializado para acompañar a personas en transición de género. En ese espacio conoció que lo que él estaba viviendo se llamaba transición de género para ser un varón trans o trans masculino. En parte se sintió aliviado de que lo que él sentía tuviera un nombre, poder llamarlo de alguna manera, porque sin algo que lo definiera se sentía en el aire, confundido, pero a la vez le dolía tener que caer en las etiquetas, en los conceptos técnicos o estas clasificaciones espantosas. Porque a los heterosexuales no se les anda diciendo “persona definida en su propio sexo y género” con orientación sexual que responde a la heteronorma. Son palabras frías, duras, que no acompañan lo que uno siente y vive. Somos seres humanos y lo que nos pasa no puede ser escrito así como así. Por eso se defendía con Lolo en frases espejismo: “no me gustan las etiquetas, lo que importa es lo que uno siente, ser como un es y chau, sin que te importe lo que opinen los demás”. Tan solo formas de esquivarle el cuerpo al bulto. Aun estaba ensayando estas palabras en su interior. Cada

día las nombraba, primero en su mente, luego en voz baja y por último frente al espejo del baño, luego de tomar las hormonas, se las decía en voz alta, seguro y firme. Un ejercicio de autoaceptación que la psicóloga le había recomendado llevar a cabo. También le propuso unos ejercicios para ir escribiendo y registrando lo que sentía cada día. Le había dicho que todo lo que no podía decir, todo lo que permanecería reprimido y oculto en su interior, sin ponerle palabras, entonces su cuerpo lo expresaría, de una manera poco saludable, y por eso sintió la necesidad de "matar" a Manu. Algo así como que "todo aquello que no nombramos lo ponemos en actos, conductas, hechos concretos". Le aliviaba saber que no se quería matar todo él y dejar de vivir sino que ya no podía seguir conviviendo con esa parte que todos veían en él.

Lolo no estaba preparada para entenderlo. Quizá le estuviese dañando este vínculo tortuoso. No había sido fácil para ella comprender y asumir que le gustaban las chicas, porque aún no tenía cerrado el capítulo de que le gustaban los chicos, y no se definía en ninguna categoría. Cuando, por fin, había llegado el momento y le iba a presentar en sociedad, en su cumpleaños, fue la hecatombe. Ya no es Manu así que Lolo quedó viuda. Perdió a su novia en un abrir y cerrar de ojos. Lolo no entiende que pasó esto, sabe que vive un duelo pero no sabe por qué. Aún está como en ese estado de shock tras recibir la noticia de que un ser que amás acaba de morir. No lo puedes creer, se te detiene el mundo y pensás que la otra persona sigue viva, por ahí, y que en cualquier momento va a llegar. Tienes la sensación de que esto que estás viviendo es irreal, es imposible, no está sucediendo en realidad. Una especie de pesadilla pero de la que estás seguro vas a despertar. Es imposible de asimilar si hasta hace un rato tu vida seguía el curso de siempre. Está clara la sensación de viudez que puede tener Lolo. Pero una persona que pierde a su ser amado no puede volver a enamorarse en pleno duelo. ¿Cómo pedirle que ame a Yoe si él mismo sentía ser otro? Una liberación enorme le surgía cada vez que una persona extraña se dirigía a él como: che, pibe. Esta alegría no se comparaba con nada. Si el precio a pagar era la soledad y perder a Lolo entonces debía estar dispuesto a pagarlo. Le dolería en lo más profundo porque estaba metido hasta las manos. Ni hablar de que al conocerla le había sido deshonesto porque no le había mencionado que estaba iniciando el tratamiento para ser el hombre que siempre sintió ser. La culpa se le transformaba en una enorme roca que le doblaba la espalda pero era obvio que Lolo no iba a querer conocerlo si le decía la verdad. Es una pendeja, una gurisa, con esa cabeza no le iba a aceptar con terrible verdad. O capaz que sí... pero no es justo ponerse a evaluar qué hubiese sido lo correcto cuando ya se había tomado una decisión y la partida de cartas ya estaba echada. Tenía claro que debía rescatarse él primero para poder reconquistarla. No sabía cómo tomaría Lolo esta separación. Justo en este momento que apareció el innombrable.

Capítulo 6

Capitulo 6 – el innombrable tiene nombre, apellido y presencia

Abrió la puerta del auto que, sin saber muy bien por qué motivo, había estacionado oculto en un callejón a unas dos cuadras de la casa de su hija. ¡De su hija! Cada vez que lo pensaba se le venía de inmediato el rostro de esa chica menuda, flaquita y llena de pecas. Tan igual a su mamá pero también a su propia niñez. Quedó fascinado con la cabellera multicolor y el arito en la nariz. Se reconoció enseguida en la rebeldía de su hija. Si bien él no había sido un unicornio urbano había integrado alguna que otra tribu que refuerzan la identidad. Sin dudas tenía una marcada personalidad que le hacía distinguirse entre el resto. Era la primera vez que veía una cabellera pintada con los siete colores. Se llevó instintivamente la mano al estómago para aplacar los nervios que le suscitaba recordarla. Durante años estuvo reprimiendo la angustia que le teñía el lado opuesto de la piel de negro al recordar que no podía ser un padre presente. No había tenido más remedio que irse porque las deudas que le apretaron el cuello hasta que no pudo responder una pregunta más de quien era su pareja. Mayte había sido bastante comprensiva con lo que había pasado pero sabía que para ella todos estos años habían resultados duros y de enorme soledad.

Al sentarse en el cómodo asiento se dejó llevar por el aroma a nuevo de ese auto recién comprado. Se distendió cerrando los ojos y poniendo una música suave. Necesitaba poner orden en su cabeza, conectarse con el momento presente porque se había visto invadido por emociones contenidas después de tantos años. El corazón le latía a mil por hora sin poder volver al ritmo habitual. Eligió el álbum de The Wailers que había dejado en pausa. Comenzó a sonar el ritmo hipnótico del reggae y la pacífica voz de Bob Marley le hizo sentir que volvía a sus años adolescentes, cuando de pecho desnudo, bermudas mojada por el chapuzón en la laguna y los pies sintiendo cada piedra y pasto del suelo, bailaba de brazos abiertos, ojos cerrados y frente al cielo. El collar de cuentas verde, amarilla y roja le mantenía vivo el espíritu rasta. Igual que en aquellos años, ya no por curiosidad ni evasión de momentos difíciles, sacó el paquete de hojillas y armó un pequeño cigarrillo de marihuana. Aspiró con lentitud y disfrute esa primera pitada. El sabor dulce cobijó cada recodo de su lengua y los dientes agradecieron la tibieza de ese humo que entraba como pidiendo permiso en cada milímetro. Retuvo el aire como queriendo asir cada segundo de lo que estaba viviendo. Ese momento presente no iba a abandonar su memoria nunca más. El exacto momento en que se sintió padre, otra vez, aunque Lourdes no le haya sentido como tal. Al exhalar se le aflojaron los músculos y una pequeña contractura en el cuello comenzó a ceder. Los oídos se extasiaban en complicidad con cada célula de su organismo, las neuronas atentas y cada sentido despierto para saborear el mensaje de su gran amigo Bob: "we

don't need more troubles".

Claro que ya no eran necesarios los problemas. Esa parte de su vida alocada, frenética y llena de excesos ya había culminado. En el exilio había madurado a fuerza de dolor, soledad y la permanente amenaza de ser atrapado por los brazos oscuros de la depresión. No se permitió quedarse tirado en una cama llorando por haber defraudado a la familia que recién había formado, con todo su amor, sino que hizo frente a cada herida abierta traspasando, a las 5 am, la puerta del pequeño recinto que, a cambio de trabajar doce horas por día en las más increíbles actividades, le habían alquilado a un módico precio. El baño estaba incorporado al único ambiente y dormía en un colchón. La cocina no existía sino tan solo un espacio para colocar un horno microondas. Era un espacio algo más grande que una cucha. ¿Qué se había sentido un perro por ser inmigrante? Sí, claro. Cada día. Pero se hacía el que no le importaba y le ponía la mirada firme y frente en alto a las caras de desprecio. Nadie supo que cada noche lloraba mojando las sábanas sucias recordando la voz pausada de Mayte, su pensamiento disparato pero tan sensato a la vez, la mirada caída tras cada sonrisa y la forma en que le despertaba por las mañanas, que, aunque enojada o defraudada por los apremios económicos, le acariciaba el pelo susurrándole: dale, amor, que así nos da el tiempo de tomar unos mates. Cada lágrima que escapaba como reclusas mal confinadas tenía la carita de Lourdes, las manitos regordetas y el ombliguito saltón que siempre le hacía cosquillas con la nariz al cambiarle los pañales.

¿No hay manera de que puedas traerlas? – le había preguntado, con suma cautela, el compañero de carga, hondureño él, en medio de uno de los tantos viajes que hacían en las autopistas norteamericanas.

No, loco, no. Mayte siempre fue contundente con esto. Odia este país, que te digo la verdad, yo también detesto, y le agarro un poco más de asco cada día que pasa. Pero me da fuerzas para aguantar a esta gente repelente ver en mi mente que cada vez falta menos para poder volver – se agarraba la cabeza y peinaba el pelo en un vano intento por calmar su desasosegado espíritu.

¿Ya le dijiste que el dinero que le pasan tus viejos es el que les mandás vos cada mes?

No. No quiero. Mayte es orgullosa, tengo miedo que le caiga mal y no lo quiera aceptar. Es algo que me corresponde hacer, se lo debo a mi hija, y también un poco a Mayte porque ella es la que la está criando y educando por sus propios medios, sola, a fuerza de pulmón con ese trabajo inestable que tiene... - quedó cabizbajo mirando el paisaje árido que los conducía a las afueras de la ciudad.

Pero siempre fue una mina comprensiva, ¿no? Si le decís capaz que entiende. Yo que sé... ¿no has intentado hablar con ella?

Mirá, intentar... no, pero sí que me agarran unas ganas locas que me cuesta controlar, sobre todo en la noche, cuando llego cansado de toda esta mierda. Perdón que te caiga con estas palabras mala onda pero si no

me descargo con vos, loco, no sé que hago. Le he escrito cartas que después las rompo, o las guardo, otras las he perdido. Es que la extraño... la extraño mucho... y no me perdono haberle fallado a mi mimosita chica. No te des tanto palo. Entiendo que te sentís mal por todo lo que pasó, pero no te quedes con todo el bardo. Para mí lo importante es todo esto que vos estás haciendo ahora. Otro tipo se habría largado por ahí sin reparar en nada. Vos no. Vos no las abandonaste. Si lo que pensás es eso, sacátelo de la cabeza.

Y... mi cabeza dice que no, que nos las abandoné, que estoy haciendo esto para algún día, ojalá pueda llevar a cabo mi deseo, es saldar las deudas, hacer dinero y volver estando bien económicamente, para vivir de nuevo con ellas. Mayte es el amor de mi vida, eso lo tengo claro, y quiero recuperar mi familia. Esto no es para siempre. Para mí no. La conversación le había movilizado sentimientos que hacía fuerza con tapiar hasta olvidarlos, por el momento. No debía tener esperanzas cada día sino hacer como si este paréntesis fuese eterno, pero de alguna manera, aunque resultara contradictorio, se fuese a terminar en cuanto él estuviera bien para volver y rearmarse junto a sus dos amores.

Estoy seguro que para Mayte tampoco. Hay que ver cómo se van dando las cosas. Estas haciendo lo correcto, ¿sabés? No cualquiera lo haría. Rescatate, loco, ¿es así cómo decís vos, no? – le apretó el hombro y le golpeó con afecto la espalda.

Gracias, loco... - no pudo continuar porque el nudo se le interpuso entre las palabras de agradecimiento hacia su amigo.

El tiempo parecía haber recorrido nuevos laberintos porque al abrir los ojos y prestar atención a su alrededor se dio cuenta que los Wailers habían vuelto al silencio del paso de los años. Se sentía conmovido por el encuentro reciente con su hija y sabía que no iba a ser fácil conectarse con ella. Su actitud se lo había dejado claro. Los años te hacen aprender cosas a los golpes y él sabía que aquella gurisita de pelo alocado había puesto una muralla de hielo entre ambos pero tan solo para poder defenderse del profundo dolor de sentirse abandonada. No había sido necesario que Mayte le compartiera la forma de entender Manu la "desaparición" de su padre. Aunque le dolió conocer esta verdad, lo peor fue escucharlo de la propia boca de su ex: "Lolo no te nombra, no tenés nombre ni parentesco con ella, vos sos el innombrable". Si no le podía nombrar entonces el dolor era infinitamente superior a lo que imaginaba.

No iba a ser fácil lograr esos encuentros con su hija y que esta pudiese confiar en él. De lo que sí estaba seguro era que iba a agotar todos los recursos posibles. No iba a rendirse ante el menor traspíe. El amor con que se gestó Lourdes merecía todo el esfuerzo para hacerle sentir querida, valorada y aceptada en cualquier circunstancia. Él no la había abandonado. Los hechos le habían hecho sentir que no había opción. O sí la había y él la había tomado: irse, alejarse, pero como en un puente que al alejar puede llegar a acercar. No sabía si esto tendría lógica para ella si se lo contase pero sentía que a veces uno necesita separarse para unirse,

para reencontrarse. En los duros momentos que habían pasado con Mayte no había solución posible, no juntos. El malestar les hacía pelearse a diario y ambos sabían que esto, tarde o temprano, iba a terminar afectando a su máspreciado tesoro, y como tal, debían protegerlo de las desavenencias que eran de un universo ajeno. No era justo que ella absorbiera la ira contenida o el dolor que desencuentra a los padres.

Abrió la gaveta y guardó las hojillas. Retiró el pendrive y quedó en silencio unos minutos. Volver a la casa de sus padres, y dormir en su habitación de adolescente, aún le despertaba nostalgia y emociones encontradas. Cierta felicidad le embargaba pero se sabía diferente, un hombre grande, adulto, maduro. Se sentía raro al dormir en aquella cama y apoyar la cabeza en la misma almohada que albergada los sueños de veinte y tantos años atrás. Aunque tenía dinero para alquilar una habitación de hotel, o costearse un apartamento por unos días, prefería darle el gusto a su madre de quedarse con ella.

Su padre había fallecido mientras él forjaba su futuro en Estados Unidos. Aún no se perdonaba no haber podido asistir a su funeral. Pero le había despedido en un ritual íntimo, en solitario, al borde de un lago en las afueras de la ciudad. Armó una crucecita, aunque era ateo, falta de creencia que compartía con su progenitor, con unas astillas recién arrancadas de un árbol de hojas caducas, las ató con largos juncos de la orilla y en un pozo enterró una foto, un par de lentes que le había regalado antes de viajar hacia esas tierras de las que no volvería en mucho tiempo, y una bolsita de maníes, que tanto le gustaba comer a su viejo en el invierno junto a la estufa a leña. Fue tapando en medio de lágrimas que humedecían la tierra, quizá para dar vida a algún brote de ese árbol de hojas rojas, y lo último que vio fue el rostro de ambos, amarillento y desgastado, en la foto que registraba para la posteridad, un padre sonriente que sostenía, juguetón, entre los brazos, un niño de mirada curiosa, sonrisa amplia y pelo lacio en una melenita típica de aquellos años.

Lo menos que podía hacer por su madre, que había pasado por aquella pérdida en la soledad de dos duelos, porque su ausencia en la distancia la vivía como una muerte en vida de su hijo, era quedarse junto a ella en este momento provisorio, donde aún pendía de un hilo lo próximo que haría.

De Lolo dependía sus próximos pasos.

El deseo que le despertaba cada día era rearmar su familia, de la forma que fuese, pero si Lolo no le aceptaba en su vida se haría imposible cumplir su sueño.

Primer objetivo: dejar de ser el innombrable.

“Mi nombre es Agustín. Y Soy su papá”.